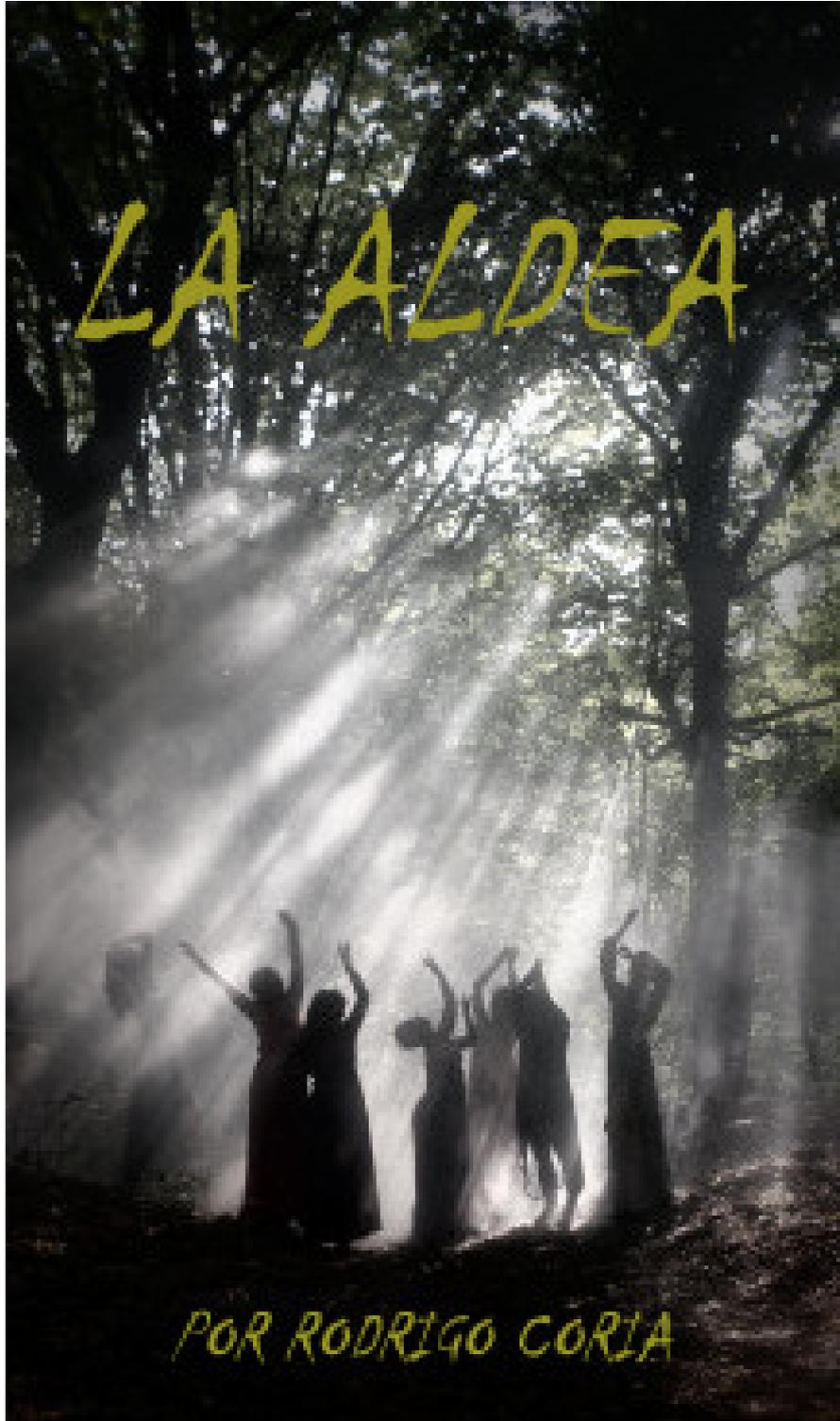


La Aldea

Rodrigo Andrés Coria



Capítulo 1

I

José martillaba sus dedos en la pequeña caja de metal mientras escuchaba la radio. Las cuatro paredes vacías de su hogar lo comprimían en el único espacio que podía disfrutar; la única silla de la sala. Allí estaba, impregnado de soledad con la única pieza de su pasado encima de su muslo. Se sentía abrumado de desgracias, pero el aburrimiento era lo que más le molestaba y prefería esperar la terrible noche mirando por la ventana antes que sumergirse en los recuerdos de la caja. No era un hombre al que le gustaba mirar atrás; sabía que allí no encontraría nada bueno, como tampoco lo hallaría mirando su presente, ni mirando el atardecer... Su vida fue tan miserable que su hígado ya estaba acostumbrado a los golpes duros y creía que ya nada podía sorprenderlo.

Fue hasta la radio, que se negaba a vender, y cambió la frecuencia. Permaneció en silencio, mirando afuera, esperando que el sol cayera para amigarse con la oscuridad. Iba a ser la primera noche que dormiría sin luz, y después de 35 años todavía le aterraba la idea de no ver nada en la masa negra. Pero algo sucedió ese día, algo atípico. Alguien llamó a su puerta, y no podía ser nadie más que los testigos de Jehová, y fue dispuesto a espantar a los mensajeros que lo tenían cansando. Después de todas sus desgracias se oponía a creer en dios y puteaba a cualquiera que llegara en su nombre. Pero al abrir se encontró a una mujer pelirroja de esbelto cuerpo y vestido blanco y llevaba una cartera que combinaba con su atuendo. Era una mujer que no encajaba con el paradigma de Comallo. Parecía una perla perdida en el medio de la arena, aunque en el pueblo desértico abundaba la tierra.

–Hola– Saludó con una amplia sonrisa de dientes perfectos. Sus rulos cubrían los orificios de sus mejillas.

–Hola...–Logró decir José y estrechó la mano extendida de la mujer.

Era verano y ese día el calor se hizo notar, pero la mujer estaba fría como si un rato antes estuviera sosteniendo nieve. Era extraña, pero José no reparó en ello. Estaba hipnotizado por los pechos de la desconocida que amenazaban con salirseles.

–Me llamo María. –Se presentó. –Estoy buscando a José Medina, me dijeron que es usted.

–Sí, soy yo. –Sonrió con timidez.

– ¡Me alegra conocerlo! Recién vengo de hablar con su antiguo jefe y me dijo que usted es un hombre responsable y buen trabajador. Encaja

perfectamente con el tipo de persona que estoy buscando.

– ¿Un hombre de mantenimiento?– Se extrañó. – ¿Como supo que buscaba trabajo?

La mujer abrió su cartera y sacó un diario doblado.

–Por el cierre de la estación. –Dijo tratando de esconder su falsa inocencia y se lo entregó. –Salió en todos lados.

José lo desdobló y en la portada estaba la noticia del despido masivo de la estación de ómnibus. En la foto principal se encontraba él junto a sus compañeros.

–Me parece extraño que mi jefe se acuerde de mí. – José nunca trató de destacar en el trabajo y tampoco de llevarse bien con sus compañeros, pero la mujer le hizo acordar a Rosa, la chica de la ventanilla de la cual estuvo enamorado por muchos años y no refutó en lo que decía. – ¿De qué se trata el trabajo?

–Lo mismo que venía haciendo, solo que en otro lugar, cerca de El Bolsón...– La mujer lo miró con un brillo sobresaliente en sus ojos y José no pudo evitar sentirse atraído.

– ¿iEl Bolsón!?!– Se sobresaltó volviendo en sí y calculando mentalmente la distancia. – Aunque mi familia es de allá, es muy lejos para ir, no quiero mudarme otra vez... no sé qué decirle...

La mujer se desanimó enseguida y permaneció un momento en silencio con la cabeza gacha como si fuera una niña a la cual acababan de retar.

– ¿Estás bien, señorita?– Se atrevió a preguntar José.

–Es que... Realmente necesito alguien como usted...

La mujer levantó la vista y lo miró con la más dulce mirada que una persona podía realizar. El brillo; el tono de su voz; su postura de aflicción; parecía a punto de quebrarse por la pérdida de un ser querido. José sintió pena y vergüenza por dañarla, aunque no estaba seguro de lo que sucedía.

–No quiero ser grosero. – Dijo tratando de esconder su confusión. – pero desde chico eh vivido por todo el sur argentino y aunque Comallo está muriendo me siento parte de este lugar.

– ¿Siguen viviendo allá?

– ¿Cómo?

–Sus padres ¿Sabe si están vivos?

–No, en realidad no, mi abuela murió hace muchos años y me habló muy poco de ellos.

–Pues deberías ir, quizá todavía haya alguna pista de su paradero. Allá todos se conocen...–Sonrió la mujer recuperando la postura.

–No estoy seguro si debería...

–Miré, acá le dejo las indicaciones por si cambias de opinión.– y le entregó un sobre que sacó de su cartera.– Quizá le haga bien recordar un poco o conocer de dónde vienen sus papás. Si va, yo personalmente lo voy a ayudar a encontrarlos.

María le sonrió con amabilidad. José le devolvió la sonrisa y se quedó un instante pensando en su ofrecimiento. Era una mujer hermosa y carismática, y trabajar para ella podría ser más satisfactorio de lo que creía.

–Lo voy a pensar. –Dijo al final sabiendo la respuesta.

– ¡Muy bien!– Sonrió la mujer. – En el mapa esta marcado el lugar donde queda la casa y las indicaciones de cómo llegar. Espero que no se pierda.

–Lo tendré en cuenta.

–Entonces ¡Adiós!–Saludó doblando su mano a la mitad. –Nos vemos pronto.

José se quedó mirando a la extraña mujer de vestido blanco alejarse con un hechizante movimiento de caderas. Fue curioso lo que acaba de sucederle, y recién podía asimilarlo. María lo había trasladado a un mundo surrealista, empapándolo de esperanzas y deseos inconscientes como si hubiese caído una especie de magia a su alrededor. Permaneció largo rato en silencio hasta que el sol desplegó los últimos haces de luz, y el terror volvió a emerger como años anteriores. Sacó la foto de su madre, un recorte de diario que su abuelo conservó en uno de sus libros, y ahora él guardaba en la caja metálica. Creyó que mirándola iba a sentirse protegido en su brazos, pero que equivocado estaba... Esa noche tuvo que dormir afuera porque otra vez volvió a sentir la presencia oscilando en la oscuridad.

Capítulo 2

II

El Bolsón era el lugar donde nacieron sus abuelos, y seguramente también él y sus padres, aunque a eso, su abuela nunca se lo confirmó, él sacó sus propias conclusiones al escuchar los relatos de su vida pasada. La nona siempre mostraba cierto hermetismo en decirle de donde prevenía o porque después de algún tiempo se mudaban de pueblo. En ese momento no preguntaba mucho, porque sabía adaptarse al cambio, pero lo que nunca pudo superar, fue crecer sin papás. Quiso creer que ese era el motivo por el cual aceptó el trabajo, pero por más que quisiera disfrazar su partida con emotivas intenciones, la verdadera razón por el cual volvía a dejar un hogar, era la mujer que golpeó su puerta.

Fue por esto último que se marchó una mañana con una muda de ropa, la radio de su abuelo, su bolso de herramientas y la caja de recuerdos, eran todas las pertenencias que le quedaban. La ciudad lo recibió con un sol radiante que embellecía un paisaje sublime. El verde de los árboles y el blanco de las montañas, jugaban con el azul del cielo y le daban un aura mística que lo hizo sentir cómodo y liberado de sus afecciones. José no podía creer lo esplendoroso y reconfortante que era caminar por allí, junto aquellos mochileros que llegaban de todas partes del mundo para contagiarse de la misma energía liberal que sentía él. Comenzó a creer que ese, era su lugar en el mundo, que mudarse allí cambiaría su vida.

Caminó durante horas por la ruta hasta llegar al kilometro indicado en el mapa. Allí se internó en el bosque y el aire puro invadió sus pulmones. José experimentó una sensación de protección y esperanza. Lo que vivía era indescriptible y a la vez hermoso, y si no hubiese sido conformista y sedentario, a su edad, estaría viviendo allí, en los bosques andinos donde pertenecía, sin dinero quizá, pero viviría libre y en paz. No podía creer que su abuela le haya negado esa parte de su pasado. Ahora comenzaba a sentirse como en casa.

La aldea era un lugar desolado, acariciado levemente por los rayos del sol y cubierto por una débil neblina siniestra que se deslizaba como un espectro por el terreno. Sus rústicas viviendas de madera se erguían una al lado de la otra, sin seguir un orden específico. Al verla, José sintió lo opuesto a lo vivido en la ciudad, o lo que experimentó al pisar el bosque por primera vez. Una voz en su interior le advirtió que algo no andaba bien, era una sensación rara y opresora que lo hizo dudar por un momento, pero ya estaba ahí, le costó llegar aquel claro casi inaccesible y no podía dar marcha atrás.

Se quedó un momento observando el paraje desde las lejanías y el sabor

amargo de su boca, se esfumó cuando vio a María correr a su encuentro.

– ¡Que sorpresa!– Le sonrió la mujer. – ¡No esperaba verlo tan pronto!

–Me fue bastante complicado seguir en línea recta por el bosque. – Sonrió José recordando el camino y a la vez su último encuentro con la señorita.

–Pero aquí está, no se perdió ¡Vaya que soy buena con las indicaciones!

María ya no vestía de blanco y el encanto que supo tener aquella vez se había esfumado. Ahora era una mujer amable con una sonrisa forzada que a José le hizo acordar a su abuela, cuando les hablaba a las gallinas como si fueran niños para que se les acercaran y luego las mataba.

–Por suerte no me tope con ninguna criatura en el camino. – Bromeó tratando de romper el clima siniestro.

– ¿Criaturas?– La mujer lanzó una carcajada que desencajó su rostro. – Acá las únicas criaturas somos nosotras.

José comenzó a sentir una gota de sudor caer por su sien. “donde carajos me metí” se decía. En ese momento apareció una niña rubia y con rostro angelical, no debía tener más de 10 años. María se sorprendió de verla y se retiró sin despedirse.

–Hola. – Saludó la niña con tierna sonrisa. – Usted debe ser José.

–Así es, y ¿vos sos...?– José todavía trataba de comprender la inesperada reacción de María y a la vez respiró aliviado al ver un rostro inocente.

–Lucia. –Sonrió la niña.

–Qué lindo nombre, Lucia. – y acaricio su pelo. –Encantado de conocerte ¿Sos la hija de María?

–No, para nada. Ella trabaja para mi mamá.

– ¿Entonces voy a trabajar en tu casa?

–Así es.

La fantasía que se creó con María en el largo del viaje se desvaneció por completo. Al menos tenía trabajo.

–Por favor, sígame que lo voy a llevar a su nueva casa.

José accedió sin hacer preguntas.

Caminaron hasta llegar a una especie de plaza o punto de encuentro, que parecía ser el centro de la aldea. Allí había un escenario a medio terminar con una figura cubierta por una sábana blanca. Al juzgar por el tamaño de la escultura, debía ser una imagen de alguien importante.

– ¿Qué es eso que está ahí?– No pudo evitar preguntar.

–Es una estatua que no está terminada. –Contestó la pequeña restándole importancia.

José se preguntó quién era tanpreciado en ese pequeño lugar como para rendirle esa clase de homenaje. Pero desestimó su curiosidad.

Cruzaron la plaza hasta las casas del otro extremo de la aldea. José sintió miradas a sus espaldas y cuando volteaba a ver, veía a mujeres que lo observaban desde lejos que al verlo a los ojos, retomaban sus labores domesticas. Algunas podaban las platas, barrían las entradas de sus casas o limpiaban las ventanas, otras caminan con cestos de verduras y alimentos que ellas mismas cosechas en las huertas de sus patios. Eran todas mujeres hermosas que vivían como en tiempos de reyes. Abasteciéndose con lo que le proveía la tierra.

– ¿Acá no viven hombres?– Verlas vivir en esas condiciones sin presencia masculina le pareció extraño.

–Podría decirse que no. – Volvió a sonreír la niña.

José sonrió a la idea. Era el único varón rodeado de jóvenes doncellas, en una comunidad cerrada y alejada de la sociedad. Tal vez por eso las mujeres lo veían al pasar. Era el extraño, el chico nuevo del lugar.

Llegaron a las dos casas más alejadas, cerca del bosque circundante. José repaso el lugar escrupulosamente. Le pareció obvio que necesitaban alguien de su experiencia. Una de las casas era de madera como las demás, pero la otra era de material y no era fácil de mantener.

– ¿Quién construye una casa de ladrillos en el medio del bosque?– Se preguntó a sí mismo en voz alta.

–Fue construida por las madres fundadoras del lugar. – Respondió Lucia.

– ¿Por mujeres?

-No, claro que no. Por sus maridos. -Sonrió la niña.

-Interesante.

Antes de dar un paso más. El viento le revolvió el pelo y trajo consigo un hedor repugnante que le hizo llevarse la mano a la nariz.

- ¿iQué es ese olor a podrido!?

-Los animales muertos del bosque. - Respondió la niña que no parecía afectarle el olor putrefacto. - con el tiempo se acostumbrara.

La niña llegó a la entrada y José la siguió aún tratando de no respirar. Lucia se detuvo y se giro apoyándose de espaldas en la puerta.

- ¿Qué pasa?- Preguntó José preocupado.

-Quería decirle que mi mama está enferma y...

-Decime, podes confiar en mí. - Insistió.

-Solo... no la mire a la cara.

-Quedate tranquila que no lo voy a hacer.

Dicho eso la pequeña abrió la puerta con cautela y José estiró el cuello para ver mejor, pero la luz no era suficiente. Al parecer la habitación carecía de ventanas, solo pudo ver una puerta en el fondo y dos camas a los costados, no quiso adentrarse porque la oscuridad que había era suficiente para mantenerlo al margen. Una silueta se movió y aquello le trajo recuerdos de su infancia cuando la presencia de su cuarto oscuro volvía por las noches. Retrocedió...

-Entonces...-Dijo una voz ronca y apagada. - Vos sos José Medina.

-Sí, señora. - Respondió con temor.

- ¿Vos sos el hombre que creció sin mama?

José se estremeció. No se esperó aquella pregunta y le extrañó que lo mencionaran. Miró a la pequeña esperando respuestas de su boca, pero la niña le volvió a sonreír.

-Sos o no, el hombre que creció sin mama. - Insistió la mujer.

-Si...-Dijo intimidado por la voz. - y sin papa.

La mujer carraspeó y después de una pausa prolongada habló.

–Como ves, esta pocilga se cae a pedazos y necesitamos con urgencia que pongas en condiciones la casa de al lado. En invierno hace mucho frio acá y los tubos de la calefacción necesitan reparación, entre otras cosas.

– ¿Puedo hacerle una pregunta?

–La que quieras.

– ¿Cuándo van a pagarme? Porque estoy sin plata y necesito comer... Entre otras cosas.

–Cuando termines el trabajo se te pagará todo y un extra por haber venido de tan lejos.

–Me parece justo. –Asintió José– ¿Puedo hacerle otra pregunta?

–La ultima.

– ¿Por qué preguntó si era yo el que creció sin mama?

La mujer caminó en la oscuridad.

–Digamos que tenía curiosidad y te recomiendo que no sigas haciendo preguntas, ni a mí, ni a la pequeña, ni a nadie, porque no te gustaran las respuestas.

José asintió tragando saliva y sin cuestionarse lo que acaba de oír.

–Muy bien... Entonces...

–Entonces vete. Ya está todo dicho. – Continuó la mujer caminando sin rumbo alguno. – Lucia va a estar con vos para lo que necesites.

La niña, que permanecía en silencio, entendió por concluida la conversación y cerró la puerta.

–Por acá, señor. –Le indico. Cruzó el angosto pasillo que dejaban las dos construcciones y abrió la puerta de la casa de al lado. – Bienvenido a tu nuevo hogar. Espero que te guste.

La casa estaba más iluminada que la anterior, eso lo tranquilizó. Sabía que con algunas velas podía pasar la noche. También tenía leña cortada y lista para ser usada en la salamandra. Había una mesa; más de una silla y una escalera que se internaba al piso de arriba. José dejó su equipaje encima de la mesa y subió. El dormitorio también era acogedor, poseía lo necesario para dormir y guardar la ropa, pero le gustó mucho la vista que

tenía desde la ventana. Desde ahí podía ver a todas esas señoritas haciendo sus quehaceres sin saber que estaban siendo observadas. José permaneció un momento buscando a María sin éxito y cuando bajó para agradecerle a la pequeña, la niña ya no estaba.

–Bueno, es momento de acomodarnos.

El sol cayó y las velas no eran suficiente para dejarlo tranquilo. Acaba de guardar sus cosas y se encontraba mirando la danzante llama de la vela que tenía en frente. La oscuridad permanecía repelida como una criatura expectante a devorar a su presa. José se concentró en la luz, no se animaba ni siquiera a mirarla de reojo porque sentía que esta tomaba forma y le susurraba desde lo más profundo. Recordó el día que comenzó su fobia, era un día cualquiera, solo que esa noche, se levantó sudoroso con un grito estremecedor. Cuando su abuela acudió a verlo, se encontraba acurrucado con su almohada asegurando que el monstruo lo llamaba. No había ningún monstruo, lo sabía, pero estaba ahí, en la oscuridad, viéndolo dormir, esperándolo, diciéndole en su cabeza que tarde o temprano se iría con él.

No se iba a quedar sin hacer nada. Fue hasta su mochila y agradeció no vender la radio de su abuelo. La encendió y giró el sintonizador para escuchar algo. Quería sentirse en la ciudad o cerca de ella, eso lo iba a tranquilizar, pero luego de buscar alguna frecuencia se topó con la única que pudo sintonizar.

"Porque dios es grande. Dios os librara de todo mal, él es el único que puede vencer al demonio, hermano mío, confía en su gracia"

–No puede ser cierto. – Se quejó y volvió a buscar otra frecuencia solo para encontrarse con la misma voz.

Odiaba a dios. Por mucho tiempo lo culpó de sus desgracias hasta llegar al momento de no hacerlo más porque estaba seguro de que quejarse no era la solución. Tristes momentos pasaron por su cabeza mientras escuchaba las plegarias de la voz, y de a poco fue naufragando en el vasto campo de su conciencia, navegando por los extraños terrenos de la vigilia y evitando mirar la oscuridad. No podía dormir, le era imposible dejar de pensar en donde estaba y lo solo que se encontraba. Tenía la ligera sensación de que el ambiente se ensombrecía cada vez más a su alrededor. La descompostura lo arrebató pero permaneció fuerte, luchando contra sus propias pesadillas y sintiendo las palabras del pastor como una canción que le cantaba su abuela.

"...El mal está en todas partes, allí escondido donde menos lo esperamos, sentado al lado de tu cama o detrás de la puerta, esperando que caigas en

la tentación. No le des chance, hermano mío, no le abras la puerta al demonio, abre tu corazón a dios y deja que sea él quien te proteja...”

Capítulo 3

III

Hermosas voces de júbilo lo despertaron.

El sol se colaba levemente entre el follaje de los árboles e iluminaba su habitación. José se levantó con ganas de agarrar sus cosas y marcharse. Estaba decidido a no pasar otra noche en ese extraño lugar, prefería mirar la pared vacía de su casa, antes que dormir en ese cuarto oscuro con la música de dios perforándole los oídos. Pero tenía que ganarse el sueldo y ese era el único lugar donde podía conseguirlo. Sabía que mientras más rápido se pusiera a trabajar, mas rápido terminaría, y después de cobrar la paga, se marcharía a Comallo para nunca volver.

Bajó con sus herramientas y la radio y se puso a reparar las cañerías de la salamandra. Algunos caños estaban mal enroscados, otros doblados, parecía que algún niño se puso a saltar sobre ellos. Volvió a encender la radio y comenzó su labor. Quizá la música no lo satisfacía, pero no podía negar que se sentía extrañamente cómodo con ella de fondo, como si la voz del pastor lo estuviera manteniendo atado a su gracia.

En ese momento una sombra se cernió sobre él que se encontraba de rodillas tratando de quitar los caños para enderezarlos. Era Lucia que desde el umbral de la puerta lo saludaba.

– ¿Qué es esa canción tan rara?– Preguntó haciendo una mueca como si le doliera la cabeza.

La voz de un hombre enloquecido se mezclaba con el sonido de la estática.

–Hola Luci– Saludó sorprendido.

José terminó de quitar uno de los caños doblados y se puso de pie. Apagó la radio y se volvió a la pequeña.

–Ya sé que suena feo, –Dijo– pero es la única frecuencia que logró enganchar.

– ¿Frecuencia?– Luci entró en la habitación como si el silencio le diera permiso.

–Se le dice así a las ondas radiofó...– José se detuvo. Era una niña y no entendería ni una sola palabra de su explicación. –No importa, –Le

sonrió—cuando le ponga una antena escucharemos música de verdad.

—Ah.

Luci comenzó a contemplarlo con la mirada como si espera algo más de él. José se sintió incomodo y le mostró el caño que sostenía.

—Creo que esta fuiste vos. — Bromeó. — ¿Agarraste la casa como patio de juegos?

—Ronda me dijo que podía hacerlo. —Rió la niña.

—Ya veo y ahora tendrá que pagarme para que lo arregle. — Rio José.

—Señor...—Luci se puso seria. — ¿Qué necesita para que no se escuche eso?

— ¿Vos tampoco crees en dios?

Luci negó con la cabeza.

—Pero quiero escuchar la música de verdad.

—Sí, yo también quiero, y para hacerlo, necesito algunas cosas que no creo que sepas cuales son. ¿Hay algún lugar donde pueda buscarlas yo?

Luci titubeó un momento y por primera vez José la notó preocupada.

—Hay uno. — Dijo entre dudas. —un deposito, pero no creo que Ronda deje irte solo.

—No hay ningún problema. —Le sonrió para calmarla. — Después de todo, escucharemos la radio los dos.

José le tomó cariño a la niña, le caía muy bien y amaba su sonrisa e inocencia. Le pareció extraño que no le dejaran ir al depósito, pero haría lo posible para no meter en problemas a Luci.

— ¿Quiere ir ahora?

—No, ahora no. — Dijo José oliéndose las axilas. — ¿Dónde puedo bañarme? Acá no hay baño. Esta mañana... tuve que ir al bosque...

— ¿Ronda no te dijo?

— ¿Decirme que?

-La comunidad se baña en el lago. No queda muy lejos de acá.

"Si toda la aldea se baña en el lago entonces..."

Un vago pensamiento se le cruzó por la cabeza. No había olvidado a María y tampoco a las otras mujeres del lugar. Si tenía suerte, quizá...

-Te veo a la vuelta. - Le prometió. - Ahora quiero bañarme.

Luci le dedicó otra sonrisa y se fue. José subió al cuarto aún con el caño en la mano y lo dejó al costado de la cama. Se puso un short y se cambió la remera transpirada.

Caminó en dirección al lago y mientras se internaba en el bosque, esa loca idea de ver a mujeres desnudas se fue desvaneciendo. En determinado tramo sintió que la felicidad le era arrancada de su espíritu y el temor volvió a emerger de sus entrañas. No pudo disimularlo. Cayó en la absoluta oscuridad sin darse cuenta, y un aire siniestro teñido de muerte y desesperación, se elevó desde el suelo y acarició su rostro. Un sudor frío le recorrió la espina dorsal, y recordó lo que le dijo Luci cuando le preguntó por dónde ir. - "Dicen los indios tehuelches, que en el bosque habita algo maligno, pero usted tiene que seguir el camino y no desviar". - Él se puso incrédulo al respecto, no creía en leyendas ni fantasmas; en ese momento le convenía no creer, porque aquella sensación era real, lo sentía.

Siguió el camino trajinado como le recomendaron, ahora pisando con cautela y atento a su alrededor. Tragó saliva al escuchar un susurro a lo lejos. Y su pesadilla de la infancia volvió a poseerlo. Quería tirarse al piso y llorar hasta que su abuela lo encontrara y le encendiera la luz, pero si se dejaba caer, nadie vendría por él, permanecería allí hasta sumergirse en la locura. No tenía otra opción que luchar contra aquello, tenía que ser fuerte, si lo hacía tendría la confianza suficiente para salir de allí.

Los susurros se hicieron más fuertes, pero el miedo no lo dejaba escuchar con claridad. Parecían voces humanas que viajaban arrastradas por el viento. Volteó sobre su hombro varias veces pero no vio nada. Apretó sus puños con fuerza y corrió.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus ojos y él siguió corriendo. Ya podía ver otra vez la luz en el horizonte y el agua cristalina que se mecía como espejos por los rayos de sol. Cuando por fin salió, sintió una relajación abrumadora, una gran recompensa por haber enfrentado sus temores. Se convenció que aquello era producto de su imaginación a causa de su nictofobia, que lo esclavizaba al sufrimiento y ahora que pudo enfrentarla, se sentía más confiado en sí mismo.

El lago era un lugar tranquilo, envuelto por un muro de arboles que le daban cierta privacidad, y donde se podía oír la naturaleza en todo su esplendor: El viento rozando las hojas; el ruido de los insectos; el piar de las aves... y en aquella armoniosa canción de verano, la risa de una mujer disfrutando del agua.

La mujer tenía la mitad del cuerpo afuera y el pelo pegado a su cuerpo cabelludo. Miró al recién llegado sin vergüenza y continuó con su baño.

José se encontraba hipnotizado, y se perdió en los ojos de la mujer que le sonreía y lo llamaba con el dedo. Se quitó la ropa sin pensarlo y corrió al agua como un perro tras su dueño. La mujer lo tomó de las manos y lo hizo sumergirse junto a ella mientras se dejaba tomar de la cintura. Se envolvieron en caricias y la mujer lo agarró de la barbilla para que la siguiera mirando a los ojos.

–Te vi trabajar esta mañana. –Le dijo mordiéndose el labio. – No parecías muy contento.

–No lo estaba. – Confesó José torciendo una sonrisa. – A veces me dan ganas de irme.

– ¿Y por qué no te vas?

–Ahora las ganas se me fueron. – Sonrió con torpeza y apretujándola más contra su cuerpo.

–No pareces contento con nosotras.

–No soy bueno hablando con mujeres.

–No lo parece. –Sugirió la mujer. –Ojala nunca te vayas.

–Ahora que te conocí, no quiero irme.

–No. No lo harás.

La mujer volvió a sonreírle y se despidió con un beso en la frente.

– ¿Ya te vas?– Preguntó desconcertado.

–Ya terminé.

– ¿No quieres quedarte un rato más?

–Ya hice lo que tenía que hacer.

– ¿Me decís tu nombre aunque sea?

–Mi nombre no tiene importancia.

José siguió a la mujer con la mirada y se percató de que alguien la esperaba en la sombra de los árboles. La silueta le parecía familiar por el cabello disparatado que se elevaba a centímetros de la cabeza. "Ronda", Al caer en la cuenta, volvió en sí y la vergüenza se apoderó de él.

Al regresar a la casa Luci lo esperaba.

– ¿Qué tal el lago?

–Hermoso. – Contesto evadiendo la conversación.

–Me alegro que te hayas divertido. – Sonrió la niña. – Ahora vamos a buscar las cosas para la música.

–Ahora no, pequeña, mañana lo hacemos ¿sí?

La niña lo miró como si le hubiera roto el corazón.

–Me dijiste que íbamos hacerlo cuando volvieras de bañarte.

–Pero estoy cansado, quiero dormir.

– ¡Quiero que lo hagas ahora!– Gritó.

Luci dejó de lado la dulzura y mostró el otro extremo de su personalidad. José se sorprendió con el cambio de actitud y creyó que estaba bromeando, pero la mirada de la niña le decía que iba en serio.

–De acuerdo, llevame a ese depósito del que me hablaste.

Luci lo condujo lejos de la aldea a una casa abandonada. Al entrar una nube de polvo lo hizo estornudar varias veces y cuando pudo abrir los ojos vio el desorden en el lugar. Había varios muebles en buenas condiciones, pero tapados en tierra; había incontables mochilas de todo tipo y ropa para vestir un ejército entero; un sin fin de herramientas que le podían servir, y un montón de materiales como para construir más casas de madera. Todo aquello estaba abandonado, tirado sin mucha importancia.

José buscó lo que necesitaba bajo la escrupulosa mirada de la niña. No tardó mucho en encontrar los materiales, pero una puerta en el fondo de la habitación, detrás de un gran ropero, llamó su atención.

Disimuladamente se acercó para poder ver por el cerrojo que quedaba a la vista por unos centímetros, y juró escuchar el sollozo de alguien moribundo, no estaba seguro. Guardó silencio para verificar lo que

acababa de oír, pero Luci lo interrumpió.

–Ya tenemos que volver. –Dijo nerviosa.

José carraspeó sin oponerse y se marcharon. Luci no se separó de él hasta que terminó de armar la extensión de antena y la acopló a la radio.

– ¿Funciona?– Se impacientó Lucia dando pequeños brincos de emoción.

–Esperemos que sí. – José amuró la nueva antena a un costado y se aseguró que el tubo, que contenía el cable de acero, quedara firme. – ¿Podes girar esa ruedita para que pueda escuchar?

Luci giró la rueda del volumen y la voz del pastor hizo estremecer a los oyentes.

“HUYE DEMONIO... HUYE DE AQUÍ. NO TIENES PODER ENTRE NOSOTROS PORQUE CRISTO REINA, CRISTO ES EL VERDADERO DIOS QUE CUIDA A SUS OVEJAS.”

Luci lanzó un alarido como si hubiese sido herida de muerte. José creyó se había electrocutado, pero no. Estaba de pie al lado de la radio, con las manos en sus oídos. José se apresuró a socorrerla y la apagó. La niña volvió a recuperar la misma compostura dulce que la caracterizaba.

– ¿Estás bien?

–Ahora sí. – Respondió volviendo a sonreír. – Eso me asustó...

–Y vos a mí. – José le devolvió la sonrisa. – Me parece que hicimos un buen trabajo. ¿Vos que decís?

La niña se encogió de hombros.

– ¿Lo probamos?

–Sí, pero ese hombre no, porque me asusta.

–Te entiendo, pequeña– Dijo José entre risas. Bajó el volumen y acercó su oído. Giró el sintonizador y agitó la cabeza con gracia.

– ¡Funciona Luci! ¡Funciona!

– ¡Quiero escuchar, quiero escuchar!

José volvió a subir el volumen y la voz de Carlos Gardel inundó la

habitación.

– ¡Que música tan bonita!– Exclamó Lucy siguiendo el ritmo con la cabeza.

José le explicó quien era y como se bailaba el tango, y juntos permanecieron escuchando los grandes éxitos del cantante. Bailaron al ritmo del bandoneón hasta que el locutor se aburrió del tango y comenzó a pasar las canciones yanquis más escuchadas de la época, mismas canciones con las que José se había hecho amante de la cultura inglesa y norteamericana. Sonó el grupo "Queen", "Gun 's and Roses", "David Bowie", hasta Michael Jackson y The Police. Luci amó y bailó cada una de las canciones y lo llenó de preguntas con cada nueva voz que salía del parlante.

Luego llegó la noche y Luci se marchó. José subió al cuarto y en su aburrimiento tomó el caño doblado para enderezarlo con las maderas del respaldo de la cama. Cruzó el caño entre medio de estas, e hizo fuerza de palanca, pero las maderas cedieron. Decidió que lo mejor era dejar el trabajo antes de romper algo que no era suyo. Y se acostó a mirar el techo como si allí arriba se hallara la cura para su fobia.

Las velas volvieron a dejarlo en una burbuja de luz segura, donde se sentía a salvo de todo mal. Ya no quería marcharse, hoy comprobó que podría pasarla muy bien si dejaba de lado su vergüenza. Repasó lo vivido en el lago y sonrió como si hubiera consumado el acto. En ese momento, desde abajo, se colaba la canción "Hotel California" y José se durmió disfrutándola como si aquella música fuera un presagio de lo que iba a sucederle esa noche.

Capítulo 4

IV

José se encontraba en una lujosa habitación de algún hotel que no conocía, y se miró así mismo en el reflejo de los espejos del techo; no estaba solo, debajo de las sábanas había bultos retorciéndose como animales en celo. Cuando quitó la manta, vio a la mujer rubia del lago y a Maria, ambas yacían desnudas y le sonreían con lenguas largas y delgadas que se sacudían como una serpiente sin cabeza. Una de ellas lo tomó de una pierna y comenzó a atarlo a la cama, parecía algún tipo juego perverso, pero José no sentía placer, al contrario, estaba aterrorizado, porque el sueño parecía tan real que podía sentir el ardor que le provocaba la cuerda en su tobillo. La mujer tiró más fuerte y este gritó de dolor.

– ¡Estúpida! No tan fuerte que vas a despertarlo.

–Perdón, señora.

José escuchó voces entre dormido y el tobillo seguía ardiéndole. Cuando abrió los ojos, se percató que había mujeres alrededor de su cama; una, como en el sueño, estaba atando su pierna mientras que la otra intentaba atarle la mano izquierda.

– ¡Que mierda están haciendo!– Estalló en nervios.

La mujer terminó de atarle la mano y le puso un cuchillo en la garganta.

– ¡No, no lo mates, estúpida! – Gritó la tercera desde la puerta. – lo necesito vivo.

Instantáneamente la chica dejó caer el cuchillo.

José quiso creer que aquello era una broma pesada, pero al ver a Ronda se le heló la sangre.

La luz de la luna descubrió su rostro y pudo al fin verle la cara. Tenía la piel llena de cicatrices como si hubiera sido chamuscada por el fuego. El pelo pajoso y desalineado caía sobre sus hombros y sus ojos parecían salirseles de sus orbitas; eran grandes sin ningún ápice de cordura.

– ¡Ro... Ro... Ronda!– Quiso gritar, pero el temor ahogó su grito.– ¿¡Qué están haciendo!?! ¡Déjenme ir! ¡Suéltenme!

El hombre forcejeó con ambas mujeres. Una de ella le tiró el peso de su cuerpo encima para que no pudiera levantarse, mientras que la otra,

intentaba atarle el pie derecho. José sabía que si no daba su mayor esfuerzo aquellas mujeres lograrían su cometido. Recordó entonces que había dejado el caño debajo de la cama y se estiró para alcanzarlo.

– ¡Átate esa mano!– Ordenó Ronda.

José pateó con todas sus fuerzas a la mujer que intentaba amarrarle la pierna y salió despedida contra la pared. La que estaba sentada encima, se bajó para reanudar la tarea de su compañera y José Aprovechó el momento y se estiró lo más que pudo sobre el lado derecho de la cama. Sintió con la yema de sus dedos el caño y en la muñeca izquierda el ardor de la soga cortándole la piel.

– ¡AAAAAGG!

Hizo fuerza hasta que escuchó los huesos de su muñeca dislocarse, aun así, entre lágrimas, logró soportar el dolor y consiguió agarrar el caño.

La mujer, que segundos antes había sido pateada, se percató de lo que José tenía en su mano y corrió para evitar que este se defendiera. Tarde.

José golpeó duro.

La chica cayó en su pecho con el cráneo destrozado. El líquido encefálico y la sangre empaparon su cuerpo al instante. Asustado volvió batir el caño contra la otra mujer que se le venía encima y otra vez asestó.

La mujer se desplomó sobre el suelo y quedó inconsciente con violetos espasmos en sus extremidades.

Esta vez Ronda se lanzó al ataque y le clavó las uñas en las mejillas.

– ¡No te me vas a escapar otra vez!

Las garras de la mujer se enterraron en su cara y José no podía sacársela de encima. Quiso golpearla, pero Ronda atajó el golpe y el caño se le cayó. La mujer lo tomó del cuello y comenzó a apretar cada vez con más fuerza y frenesí... Antes de cerrar los ojos, José vio en aquella mirada pura maldad y locura.

Su entorno comenzó a teñirse de negro y juraba escuchar una risa burlona desde las sombras; la misma risa frenética que escuchaba de niño. No quería morir. Todavía tenía motivos para no hacerlo, y en aquellos nublados pensamientos producto de la falta de aire, vio a su abuela extendiéndole la mano: – “Tu madre me pidió que te cuidara con mi vida, y eso hice. Ahora tenes que cuidarte vos...”– Le decía la nona. Y de pronto, el rostro de su mamá apareció en su mente. No era la mujer desalineada de la foto del diario, era una mujer hermosa, de pelo negro

como el suyo, y le sonreía; había un hombre de espaldas con ella, era su padre. Aunque tenía la certeza de no haberlo visto nunca, sabía que era él. José estaba seguro de que aquellas imágenes eran producto de su subconsciente para aceptar la muerte, pero no iba a aceptarla tan fácilmente.

Con la única mano que tenía disponible buscó entre las sábanas el cuchillo y lo encontró. Lo tomó sin saber por dónde y lo enterró en el cuello de su atacante. Automáticamente Ronda lo soltó y se replegó de dolor, ahora tomándose su cuello para evitar la hemorragia,

– ¡No vas a escapar!– Le aseguró la mujer entre risas que parecía ahogarse con su propia sangre.

José notó que había agarrado el cuchillo por la hoja y la palma de su mano se abría a la mitad cuando la estiraba; no podía para la hemorragia.

Soportando el dolor, cortó las sogas que lo mantenían sujeto a la cama y se levantó. Ronda lo miraba desde el suelo, vencida, pero disfrutando la situación.

– ¿Qué quieren de mí? ¿Qué les hice?– preguntó con el cuchillo en alto.

– Siempre fuiste parte de nosotras y nos perteneces... me perteneces.

José no entendía la respuesta y cuando quiso indagar en el asunto ya era tarde, desde la planta baja se escuchaban murmullos y pasos acelerados. Más aldeanas llegaban a capturarlo.

–No seas estúpido. No luches, tu muerte es inevitable. –Reía Ronda desenfrenadamente como si no aquejara dolor alguno. – ¡Por aquí!

José miró hacia la ventana y vio la luna llena alzarse en lo alto del cielo. No se lo pensó dos veces y se arrojó contra el vidrio. El ruido del cristal se escuchó como un trueno, un sonido fuerte y seco que recorrió la aldea. Tardó varios segundos en recuperar la compostura y al ponerse de pie sintió un dolor punzante en la costilla y en una de sus piernas, pero eso no le impidió correr. A paso lento y tambaleándose se volvió a meter en el bosque.

Un extraño cántico se esparció por el lugar, y de pronto, las luces de las antorchas comenzaron a iluminar la aldea. Las mujeres empezaron la cacería, José se sintió como un fugitivo peligroso, solo que no había cometido otro crimen más que defenderse. Temeroso comenzó a adentrarse aún más en el bosque, ya no tenía tiempo para pensar en el

miedo, el terror de morir lo hizo olvidar el monstruo de la oscuridad.

Las luces se acercaban deprisa y no tuvo más remedio que tirarse bajo los arbustos. Las sombras reflejadas por el fuego crecían y decrecían cerca de él y lentamente comenzó a arrastrarse hacia el costado prohibido del camino trajinado. Pasó minutos sintiendo la tierra en su pecho, y cuando creyó estar a salvo, cayó en la cuenta de donde se encontraba.

La oscuridad era abrumadora y un profundo olor a podrido le penetró la nariz, tuvo que atajar el vomito, pero no pudo soportarlo. Se paró junto a un árbol y derramó el contenido de su estomago. El miedo comenzó a poseerlo lentamente una vez más, y su estado empeoró cuando escuchó otra vez las mismas voces susurrantes que le hablaron esa tarde cuando fue al lago.

De pronto una neblina gris brilló en la oscuridad y se desplazó a metros de él hasta que tomó forma de hombre. José estaba paralizado, jamás vio nada igual, su mente estaba a punto de quebrarse por la cantidad de acontecimientos extraños que le estaban sucediendo. Estaba

La figura comenzó a esquivar los árboles que tenía en frente y José comprendió que le estaba marcando una ruta. Deseó que fuera la salida del bosque, pero antes de que pudiera plantearse su decisión, la imagen se desvaneció. Ya no pudo ver donde pisaba y tropezó con algo pesado que lo hizo caer. Tanteó el suelo y sus dedos de la mano herida se incrustaron en una cavidad espesa y gomosa.

Cuando vio lo que se trataba dejó escapar un grito estremecedor. Acaba de meter sus dedos en las cuencas de un cadáver en descomposición. Miró a su alrededor y la sorpresa fue aún mayor. Cientos de cadáveres yacían desparramados por doquier, cuerpos de hombres, niños y bebés, eran el alimento de gusanos que terminaban el trabajo macabro de las asesinas de la aldea.

Supo entonces que los susurros quisieron advertirle desde un principio, querían que viera el cementerio, para que esa fuera razón suficiente para huir. Ahora lo entendía, y recordó a la pequeña Luci y esperaba que ella no estuviera involucrada... ¿Hasta dónde llegaban las atrocidades perversas? ¿Qué carajos pasaba con estas mujeres? ¿Habría niños involucrados también, la pequeña Luci lo estaba? ¿Qué papel jugaba él en todo esto? No tenía las respuestas y no espera convertirse en otro cadáver del cementerio por averiguarlas.

La luz de las antorchas comenzaron a acercarse alertadas por el grito y José volvió a ponerse en marcha. La neblina reapareció y comenzó guiarlo por el bosque, hasta que de repente volvió a desaparecer. Había llegado hasta un claro cercano a la carretera que le parecía familiar. Repasó el lugar y vio una estructura conocida. "El depósito" había visto una ballesta

que podía usar para defenderse y escapar. Debía buscarla.

Destrozó una de las ventanas de la casa y se metió por ahí. Al volver a repasar el lugar se percató que la puerta, que antes estaba oculta con el ropero, ahora estaba abierta y una luz venía de la habitación. Fue hasta el escritorio donde estaba la vela y vio el diario que María le mostró cuando fue a su casa. Estaba el recorte de diario junto a la foto de otro hombre a quien no conocía.

Seducido por el hallazgo, escarbó entre los papeles para saber porque las mujeres estaban tan afanadas con él, y de a poco fue descubriendo la verdad. En una carpeta había documentación de una mujer llamada Angélica Puntillo; Su madre. No solo estaba la partida de nacimiento de ella, también había documentos, fotos de cuando era joven y fotos junto a sus abuelos, direcciones, números telefónicos, lo sabían todo. Al parecer desde hace años estaban tras sus pasos. No era ningún error que estuviera allí. Había sido elegido por la secta. Ahora comprendía porque su madre lo abandonó y porque siempre se mudaban, pero al final de todo, encontró una página de diario que consiguió quebrarlo.

En la página estaba la misma foto que conservaba en la caja de recuerdos, y ahora podía ver la noticia oculta detrás de aquella imagen. Su mamá había sido encontrada muerta luego de que se la acusara de secuestrar a un bebe.

Fue difícil de asimilar y le costó creer que su madre fuera capaz de hacer algo así, aunque eso explicaba los destellos de locura en su mirada. Se dejó caer en la silla en silencio, ahogando su llanto y tratando de entender su vida ¿Por qué? ¿Por qué él tenía que seguir padeciendo desgracias? ¿Acaso Dios nunca se enteró de su existencia? creyó saber la respuesta, pero antes de que se le formulara en la cabeza, volvió a escuchar los mismos lamentos que oyó horas atrás.

Fue hasta una puerta en el fondo y estaba cerrada. Apoyó su oreja en ella y pudo oír que los lamentos persistían con menos intensidad. Creyó que era algún animal agonizante y entonces escuchó la tos áspera y seca de un hombre.

– ¿Hay alguien ahí?– preguntó temeroso y a su vez con esperanzas de que no fuera un error.

Se escucharon voces apagadas como si no pudieran hablar. José cayó en la cuenta que no era el único hombre del lugar, había otros esperando su turno para morir. Pateó reiteradas veces la puerta hasta que cedió.

La habitación olía a humedad, a orina y mierda. En ella se encontraban dos hombres; uno joven de cabello rojizo y otro de avanzada edad, más deteriorado que el primero, ya mostraba signos de desnutrición y una

barba larga y blanca como su pelo. Ambos estaban atados de pies y manos y con bozales en la boca.

José se dirigió al joven y le quitó el bozal. El joven estaba desesperado.

– ¡Por fin, por fin! ¡Sácame de acá por favor! ¡Me quiero ir, me quiero ir a casa! ¡No quiero morir, no quiero morir!

– ¡Tranquilo!– Trató de calmarlo y cortó las cuerdas de sus manos. – Guarda silencio si no vendrán por nosotros.

–Gracias a dios no caíste en sus encantos, gracias a Dios, gracias a Dios...

José desató al anciano, pero ya estaba muy débil como para festejar su liberación.

–Gracias mijo...– Alcanzó a decir. José lo ayudó a pararse. – Pasaron muchos años desde que me puse de pie, no creo poder irme con ustedes.

–Tienes que intentarlo. – Lo alentó José y pasó el brazo frágil del anciano por encima de su cuello.

El joven había conseguido liberarse solo y cuando quiso irse sin ellos comenzó a llorar desconsolado.

–No me maten, por favor... no...– Se echo a llorar.

José se dio media vuelta para ver que sucedía.

–Gracias por hacerlo más fácil. –Le dijo Ronda y lo golpeó con el caño.

V

–La muerte es mejor que la espera, créeme mijo. – Dijo el anciano.

José volvía abrir los ojos. Estaba atado de manos y pies como sus compañeros de celda y el mareo persistía.

–Llevo años esperando mi muerte y espero que la vejez me mate antes que esas bastardas.

– ¿Cómo terminaste acá?– Preguntó José resignado a morir.

–Igual que vos, igual que él, –Señaló con el mentón al joven que lloraba desconsolado. –Seducido por un culo y dos tetas, pero pudo ser diferente para mí...

– ¿Cómo puede existir un lugar así?

– Los cuentos de terror que nos cuentan de niño, al final resultan ser ciertos, creo que nuestros padres nos cuentan esas historias más para advertirnos que para asustarnos ¿no lo crees?

– No creía en nada hasta que pise este lugar. – Dijo tratando de no llorar. – ¿Qué harán conmigo?

– Lo mismo que con todos... fecundar... esperar... y morir. Así que si tienes ganas de llorar, hazlo tranquilo; a ellas y a nosotros no nos importa. Es de hombre llorar y ellas son las que ganan.

El silencio era interrumpido por los sollozos del joven pelirrojo que estaba acurrucado en un rincón.

– Vi muchos como ustedes. – Dijo el anciano. – Siempre es lo mismo, me acompañan por ocho o nueve meses y después al matadero... no se qué pasa con ellos después.

– Yo sí. – Admitió José, y pensar en cómo iba a acabar, lo terminó de romper. – Vi los cuerpos... todos tirados en el bosque... es horrible.

Luego el silencio volvió a cobrar fuerza. José estaba asimilando su muerte. No tuvo oportunidad de preguntarse porque su madre lo abandonó para robar a otro niño, o si pertenecía a la comunidad y había logrado escapar con él de bebe.

En ese momento varias mujeres entraron para llevárselo junto a los otros dos. Los condujeron por un camino de antorchas. Todas vestían de blanco y entonaban un cántico atemorizante. Fueron llevados hasta la plaza principal y ahora José pudo ver que se escondía debajo de la sabana.

Era una monstruosidad de grandes proporciones, una entidad femenina, un ser demoniaco tallado en piedra. Parecía una escultura antigua pero viva. Había varios canastos con tributos para ella, muchos eran alimentos, plantas, esculturas de madera, otros eran frascos con contenido que no se atrevió a especular que contenían, y un altar listo e iluminado para ser usado. Allí estaba Ronda esperando y a su lado Luci, que lo miraba con su sonrisa angelical.

– Luci... ¿por qué, porque...?

– ¿Por qué? – Dijo el anciano. – ¡Porque son educadas para esto! Desde que nacen les enseñan que solo tienen que servir a esa cosa. Y esa pequeña nació de las mismas entrañas de aquella bruja.

- ¿Y qué es eso? ¿Qué carajos es esa cosa?

- Es un demonio mujer, un demonio que las tehuelches le rendían tributo para que le diera vida y belleza eterna a cambio de sangre. Al parecer esta comunidad lleva centenarios adorando esa cosa.

- ¿Quieren mi sangre...?

-La tuya y la de tu hijo. - Afirmó el viejo. - Te harán fecundar y luego de nueve meses, si es niña, volverás a fecundar otra mujer, pero si es niño morirás con tu primogénito. Ese es el tributo que no puede ser interrumpido...

- ¿Y qué hacemos aquí?

-Seguramente nació varón el hijo de él y presenciaremos su muerte.

En determinado momento. Las mujeres callaron y Ronda habló.

-Mis mujeres. - Dijo. - Se acabó la espera para mí. Nuestro único enemigo es el tiempo, pero cuando ese tiempo se convierten en años parece un purgatorio, no se lo deseo a ninguna...

José vio al aterrorizado joven llorar desconsolado al saber que estaba a minutos de morir. Pero en ese momento sintió una extraña corazonada. Ronda era la única mujer que carecía de belleza y de avanzada edad, además la escuchó decir que lo necesitaba vivo, quizá ella fuera...

-Señor...

- Que pasa, mijo.

-Usted dijo que pudo ser diferente para usted. ¿A qué se refería?

-Pude haber escapado años atrás, pero no pude. - Las lagrimas comenzaron a caer por su rostro decrepito y desaparecían en su barba. - Vivo feliz sabiendo que ellos están vivos y disfrutan de su libertad.

- ¿Quiénes?

-Mi mujer y mi hijo. Ella sí lograron escapar.

- ¡Tráiganlos aquí!- Gritó Ronda.

Las mujeres no tomaron al joven como el anciano esperaba, fueron por él y por José.

-Espera un momento...-Intentó hablar pero le faltaba el aire. Estaba a punto del colapso. - es... es... es... tu...

-Soy yo...- Dijo José con lágrimas en los ojos comprendiéndolo todo. - Entonces... Soy tu hijo.